



Ant. 91/4044

CBE 91/4044

Santiago, 13 de marzo de 1991

Excmo. Monseñor
Jorge Medina Estévez
Obispo de Rancagua
Casilla 9-D
Rancagua

Estimado Monseñor:

Por encargo de S.E. el Presidente de la República, don Patricio Aylwin Azócar, agradezco sinceramente a Ud. la gentileza que ha tenido al remitirle la Homilía que pronunciara con motivo de los funerales del Dr. Carlos Pérez Castro y su esposa Anita Luisa Schlager Casanueva.

Con la esperanza que estos dolorosos hechos no vuelvan a repetirse.

Saluda atentamente a Ud.

Carlos Bascuñán Edwards
Jefe de Gabinete Presidencial

CBE/ppc

c.c.: Archivo Presidencial
Corr. Oficina Correspondencia

Ver Tagada envío

REGISTRO Y ARCHIVO
 NR. 91-4044
 A: 07 MAR 91 13/3
 P.A.A. R.C.A. F.W.M.
 C.B.F. M.L.P. P.V.S.
 M.T.O. EDEC J.R.A.
 M.T.C. Schiader Casanueva

Homilía del Sr. Obispo diocesano de Rancagua en la S. Misa de la línea de Dr. Carlos Hernán Pérez Castro y su esposa Anita Luisa

Queridos hermanos y hermanas en el Señor,

Nuestra presencia en esta celebración tiene ante todo un sentido religioso. Hay aquí familiares, amigos, colegas, autoridades públicas y altos oficiales del Ejército de Chile. En sus corazones se mezclan diversos sentimientos, pero todos ellos se aúnan en la fe cristiana y católica y en lo que ella nos enseña acerca del misterio de la vida y de la muerte. Siempre la muerte nos impresiona, pero hay ocasiones en que las circunstancias que la rodean nos produce no sólo tristeza, sino horror.

Estamos aquí para orar. Para hacer lo único que podemos hacer por estos hermanos que, de improviso, partieron de este mundo. Oramos para que el Padre de los cielos acoja sus almas en el Reino de los cielos, para que los méritos infinitos de la muerte en cruz de Jesucristo los limpie de toda mancha de pecado y para que el Espíritu Santo, que moró en sus cuerpos como en templos de su gloria, resucite su carne mortal en el día del advenimiento glorioso del Señor Jesús, nuestro Maestro y Salvador. La Iglesia, madre solícita de todos sus hijos, no termina su misión con respecto a ellos en el día de su muerte: porque creemos firmemente en la vida eterna, porque esperamos confiadamente que alcanzaremos un día la bienaventuranza eterna en los cielos y porque la caridad nos une por encima de cualesquiera diferencias, por eso nos congregamos alrededor del altar para ofrecer a Dios el sacrificio de Cristo en sufragio por los hermanos que han muerto. Ante quienes se sienten anonadados, entristecidos e impotentes frente a la muerte, repito lleno de confianza y en su nombre las palabras de Cristo Jesús a Marta de Betania, llorosa por la muerte de su hermano Lázaro: "¡Tu hermano resucitará!" Y le agregó: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en Mí, no morirá para siempre" (Jn 11, 23. 25s). ¿Qué consuelo podría ser más válido que el de las palabras del Hijo de Dios, del único que tiene palabras de vida eterna (Jn 6, 68)?

Nuestros hermanos Carlos Hernán y Anita Luisa fueron miembros practicantes de la comunidad católica. Se les vió participando regularmente en la S. Misa dominical y recibiendo en la santa Comunión el Cuerpo glorioso de Cristo, el verdadero Pan de vida (Jn 6, 35.48). Por eso confiamos en que se cumplirán en ellos las palabras de Jesús: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, yo le resucitaré en el último día... El que come este pan, vivirá para siempre" (Jn 6, 54. 58). Carlos recibió la santa Comunión el pasado viernes, y más de una vez vino los días primeros viernes de mes al Oratorio de la Santa Cruz, contiguo a esta Iglesia Catedral, para hacer un

rato de adoración ante el Santísimo Sacramento solemnemente expuesto. Anita fue una colaboradora generosa y abnegada del Pequeño Cottolengo de Don Orione, de nuestra ciudad. Su caridad se volcó hacia los más pobres entre los pobres: hacia aquellos que no poseen la plenitud de su desarrollo psicológico, y que, muchas veces sólo pueden expresarse con signos ininteligibles. A esos hermanos ella les habló con el único lenguaje que ellos pueden comprender: el lenguaje del amor. Y pudo articular ese lenguaje, porque ella sabía que detrás del rostro de cada hombre que sufre, está el rostro de Cristo. Por eso confiamos en que habrá escuchado ya de la boca de Cristo Salvador, esas palabras solemnes y definitivas: "Cada vez que hiciste algo por uno de esos mis hermanos menores, conmigo lo hiciste" (Mt 25, 40). La Santísima Virgen María, Madre y Reina del movimiento de Schönstatt, del que eran miembros activos Carlos y Anita, los reciba en el Reino de su Hijo. Ella que estuvo al pie de la Cruz, junto a su Hijo que moría por nosotros. Si he recordado estos rasgos de la vida de estos hermanos difuntos, no es porque desee hacer de ellos un elogio puramente humano. Eso sería ajeno a la costumbre de la Iglesia y al estilo de la homilía de una Misa exequial. La Misa se ofrece para la gloria de Dios y para implorar su misericordia sobre los hombres, sus hijos frágiles y pecadores. Pero es legítimo recordar rasgos que permiten vislumbrar que nuestros hermanos difuntos vivieron en esta tierra cerca del Señor, que tuvieron fe en El, que trataron de servirlo, que se acogieron a su misericordia y que esperaron con confianza que serían acogidos en la Casa del Padre cuando terminara su peregrinación en esta tierra. ¡Que el Señor los tenga en su Santo Reino!

Luego de haber recordado las enseñanzas de la fe ante la muerte de estos hermanos, y de haberlo hecho como sacerdote, no puedo dejar de decir una palabra, y precisamente en mi calidad de Obispo y pastor de esta Iglesia, acerca de las circunstancias de su muerte. No me corresponde hacer juicios políticos ni sustituirme al veredicto que, quizás pueda dar un día la justicia. Mi palabra se eleva como un testimonio moral, fundado en la fe católica, y con la honda preocupación por el momento especial que vive nuestra patria bienamada.

Estamos, hermanos, ante un crimen. Ante un acto de terrorismo perpetrado con alevosía, con ensañamiento y con crueldad indigna de seres humanos. Las circunstancias que hemos conocido y que rodearon el hecho, no pueden sino provocar en toda persona bien nacida un sentimiento de horror y de repudio.

¿Qué se ha pretendido con este asesinato de un hombre inerme y de una mujer sin otra defensa que su corazón sensible y amoroso, ese mismo corazón que fue perforado por las balas de sus victimarios? ¿Qué se quiere con esto? ¿Se trata de envenenar el alma nacional fomentando sentimientos de rencor y de venganza que hagan imposible la reconciliación y que aticen una espiral de resentimientos para que no pueda haber perdón? Si así fuera, estaríamos, además, ante una diabólica agresión al alma nacional, porque el demonio "es homicida desde el principio" (Jn 8, 44).

Hablo a los familiares, amigos, conocidos y fieles católicos.

Los insto al perdón, amplio y generoso. Los invito a repetir, con el corazón estremecido, las palabras de Cristo en la cruz; "Padre, ¡perdónalos, porque no saben lo que hacen!" (Lc 23, 34). La justicia humana cumplirá su cometido hasta donde sea humanamente posible. Pero a todos los cristianos tiene que afligirnos el hecho de que haya hermanos nuestros capaces de un acto de tan señalada fiereza. Nos aflige que el rostro de Dios y los sentimientos de Cristo puedan haberse desfigurado hasta tal punto en los victimarios. Oramos por ellos, rogando a Dios que les conceda gracias de conversión y de penitencia por haber tenido la osadía de disponer de algo que pertenece sólo a Dios. Si sólo fueran encontrados y castigados, pero no se convirtieran, poco se habría logrado. En esta hora de derrota de la sensatez y de la humanidad, el triunfo que esperamos y ardientemente deseamos es que los que han cometido este crimen nefando, se convirtieran al Señor y vivan. Tengamos fe en que eso es posible, porque Dios puede "cambiar los corazones de piedra en corazones de carne" (Ez 11, 19), como cuando el asesino penitente de la niña María Goretti, asistió, dehecho en lágrimas a la canonización de su víctima, por boca del Vicario de Cristo, en la Basílica de San Pedro.

Hablo ahora a los asesinos. Me estremezco por su suerte eterna. A ellos les digo que, como severamente le advierte San Pablo "de Dios nadie se burla" (Gal 6, 7); El es justo juez y dará a cada uno según sus obras (Prov. 24, 12; Mt 16, 27; Rom 2, 6). Si logran escapar a la justicia humana, ¿creen que podrán burlar la justicia de Dios? Les digo las palabras que Dios mismo dijo a Caín, asesino de su hermano Abel: Caín, "¿Dónde está Abel, tu hermano?...¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano está clamando a Mí desde la tierra, que abrió su boca para recibir de mano tuya la sangre de tu hermano" (Gen 4, 9 - 11). Vuélvase a Dios, lloren el crimen, rasquen el corazón con el arrepentimiento y la penitencia, y entonces este día de luto, de dolor y de violencia, llegará a ser día de triunfo de la gracia de Dios y, para ustedes, un día de salvación. un día en que la sangre de Cristo no habrá corrido en vano por el leño de la cruz.

Mis queridos hijos,

"¡No nos dejemos vencer por el mal, sino vencamos el mal a fuerza de bien!" (Rom 12, 21).

¡Perdonemos, a fin de que Dios nos perdone! (Mt 6, 14s).

¡Oremos por los que nos han dañado! (Mt 5, 44).

Nada ganaremos con odiar, con revolver las heridas del dolor. Ofrezcamos a Dios nuestro dolor, y entonces nuestras lágrimas serán fecundas y hasta podrán llegar a ser dulces, porque serán lágrimas de amor.

Así fueron las lágrimas de la Virgen junto a la cruz, cuya imagen dolorosa

destaca en el retablo de esta Iglesia Catedral.

Queridos hijos,

Es difícil cumplir lo que he dicho. Pero no son pensamientos míos, son palabras de Dios, y El nos dará la fuerza para ponerlas por obra.

¡Sólo en El ponemos nuestra confianza!

Rancagua, 4 de Marzo de 1991.

J. Medina Estévez
Obispo de Rancagua

Jorge Medina Estévez,

Obispo de Rancagua



† JORGE MEDINA ESTEVEZ
OBISPO DE RANCAGUA
CASILLA 9 - D. RANCAGUA - CHILE